

CAPÍTULO 4

El proceso de enseñanza-aprendizaje en el acontecer de la educación en tiempos de la posmodernidad líquida

Carlos Enrique Cardona Quiceno

El hombre es la única criatura que ha de ser educada. Entendiendo por educación los cuidados (sustento, manutención), la disciplina y la instrucción, juntamente con la educación. Según esto, el hombre es niño pequeño, educando y estudiante.

Kant

Con un poco más de cuidado en la elección de sus búsquedas, los hombres quizás se convertirían esencialmente en estudiantes y observadores, pues es verdad que su naturaleza y destino interesan a todos por igual.

Henry D. Thoreau

Educad a los niños y no será preciso castigar a los hombres.

Pitágoras

El hombre que hace que las cosas difíciles parezcan fáciles es el educador.

Emerson

Introducción

En el ámbito de la educación se resaltan dos conceptos que hacen parte del constructo teórico educativo; se trata del binomio enseñanza-aprendizaje, nociones con una relación directa y necesaria, que les permite complementarse entre sí.

De estas apreciaciones académicas, es decir, pedagógicas y reeducadoras, desde la posmodernidad, se disertará desde el proceso sugerido en estos tiempos de las sociedades globalizadas, sin desprenderse de los factores que en él intervienen; aunque la importancia la protagonizará la enseñanza, analizada a partir la experiencia reeducativa, porque el aprendizaje como actividad exclusivamente humana tiene unas implicaciones bastante serias y concretas.

Enseñanza-aprendizaje en tiempos de la modernidad líquida

Donde hay caridad y sabiduría, no hay temor ni ignorancia.

San Francisco de Asís

Nunca consideres el estudio como una obligación, sino como una oportunidad para penetrar en el bello y maravilloso mundo del saber.

Albert Einstein

Dime y lo olvido, enséñame y lo recuerdo, involúcrame y lo aprendo.

Benjamín Franklin

En primera instancia, es pertinente argüir que los conceptos aprendizaje y enseñanza merecen ser analizados de manera independiente, pero necesariamente son complementarios y relacionales.

Por un lado, el proceso de la enseñanza no provoca *per se* el aprendizaje, aunque sí lo puede facilitar y en muchos casos inhibir. La enseñanza tiene como esencia generar aprendizajes en quien tiene el natural deseo de aprender; aquí se referencia el término natural deseo acogiendo a la tan ya conocida expresión aristotélica: “todos los hombres tienen por naturaleza el deseo de saber” (Aristóteles, 1971, p. 3). Pero es seguro que hay que creer con seguridad que, el proceso de enseñanza se queda corto sin el concepto aprendizaje, más concretamente, la enseñanza no puede evolucionar si no hay un sujeto que aprenda. Por eso el binomio enseñanza-aprendizaje, en el ámbito educativo-reeducativo, resulta inseparable. Sin embargo, no necesariamente quien aprende está matriculado en un proceso institucional de enseñanza, porque cualquiera puede aprender desde la autogestión, es decir, desde el autodidactismo.

Para nadie es un secreto que el proceso de enseñanza se centra en el papel activo y fundamental del maestro-reeducador ante el papel pasivo, pero también fundamental, del reeducado, transversalizados ambos por la consideración de una información que se convertirá en un aprendizaje transmitido, en su esencia, por alguien que ya lo posee o aprendió a otro sujeto que aún no lo sabe. Surge ante estas primeras reflexiones una pregunta necesaria: ¿Qué implicaciones tiene cada proceso en cada concepto? Son muchas las concepciones de orden teórico que comprende cada uno. Verbigracia, las del proceso de la enseñanza.

Enseñar es un acto de vocación, esto es, de llamado hacia una actitud y aptitud especiales para transmitir unos conocimientos, una información supuestamente ya aprendida, para compartir e implementar unas habilidades del pensamiento y unas destrezas de orden procedimental y, por último, unas competencias en aras de mejorar el nivel de la concepción del mundo en los sujetos, para que asuman la vida con mayor inteligencia y responsabilidad para con los otros.

Enseñar requiere de un individuo que sienta el llamado de poner al servicio de los demás su inteligencia, saber y sus conocimientos, para que puedan transformar sus vidas y su entorno, buscando así un mundo y una existencia mejores. Quien enseña no solo transmite un saber, sino que pone a prueba sus capacidades, su espíritu altruista y potencia, a la vez, mejores formas de vida de quien se apodera de dicha enseñanza. Este es el papel o función que está llamado a cumplir el docente, tutor, profesor, educador, reeducador y el facilitador del aprendizaje, en otras palabras, el verdadero maestro-reeducador. Este personaje debe estar blindado de unas características especiales y específicas, a saber, una formación en su objeto de enseñanza, fundamentada con un alto grado de adaptabilidad a las situaciones conflictivas y cambiantes del aula, de la comunidad, de la propia cultura y del contexto social donde habita, fuera o dentro de él. Por lo tanto:

Los conocimientos propios de la profesión docente se sitúan en la intersección de la teoría y de la práctica, de la técnica y del arte. Se trata de un conocimiento pedagógico complejo, adaptativo y práctico, o sea experiencial, que incluye un saber y un saber hacer (Imberón, 1996, p. 8).

No basta con saber una disciplina. Es más importante saber cómo implementarla y transmitirla al estudiante. Esa intersección de la teoría y de la práctica, de la técnica y del arte, de la que habla la cita anterior, está enfocada a comprender que la función del docente debe estar direccionada por la transversalidad en su formación profesional, hoy las viejas concepciones de prácticas docentes, que aún se tienen o desempeñan, deben ser replanteadas por propuestas nuevas para su formación. Concretamente, el maestro o reeducador con un perfil pedagógico enciclopedista, técnico, disciplinar, debe ser reemplazado por el maestro-reeducador investigador, innovador, constructor de juicios y teorías, con concepciones pedagógicas pertinentes y acordes con los tiempos y contextos actuales o que le corresponda evidenciar para la comunidad de la cual sea llamado o convocado.

El quehacer del docente-reeducador debe estar acompañado por otra miríada de prácticas que le permitan establecer propuestas de aprendizajes significativos para los educandos, aquellos en los que se vean involucrados los saberes previos del estudiante, con la información supuestamente nueva, planteada por el docente, en la que el lenguaje sea el vehículo determinante del proceso de aprendizaje. De ahí que Ausubel, Novak y Hanesian (2010) planteen que “el aprendizaje significativo comprende la adquisición de nuevos significados y, a la inversa, éstos son producto del aprendizaje significativo. Esto es, el surgimiento de nuevos significados en el alumno refleja la consumación de un proceso de aprendizaje significativo” (p. 48).

Esto se resume en que un lenguaje significativo conduce siempre a nuevos significados y por ende, a aprendizajes significativos. Es importante que el estudiante sepa qué hacer con la información que le provee el maestro-reeducador, además de saber cómo hacerlo. Es decir, saber hacer en contexto.

Ahora bien, el proceso enseñanza-aprendizaje debe estar evolucionando paulatinamente con los contextos de las nuevas generaciones, las cuales han venido surgiendo en medio de la era de la información y las nuevas tecnologías. Se hace urgente un profesorado con propuestas que apunten al ejercicio de habilidades para la investigación y la construcción de nuevos saberes, de nuevos discursos pedagógico-didácticos, pero sobre todo, de nuevas prácticas docentes transversalizadas por la investigación. Es así como en las nuevas propuestas de formación del profesorado “aparece pues, con fuerza, el concepto de profesorado como investigador-constructor, superando el rol de reproductor y consiguiendo una mejora profesional mediante la reflexión sobre la práctica en el contexto específico” (Imbernón, 1996, p. 9).

Con base en lo anterior, puede inferirse el hecho de que el profesorado de estos tiempos hipermodernos -como los llama Lipovetsky (2006) o de las sociedades líquidas como diría Bauman (2002), en las cuales las generaciones nuevas están enfrascadas en la inmediatez líquida, en el ahora, en el *carpe diem*, *carpe omnia*- debe abandonar paulatinamente los recuerdos académicos de sus aprendizajes, sus tradiciones y comprometerse con las expectativas de dichas generaciones, proporcionándoles experiencias apropiadas para sus aprendizajes, dentro del marco de sociedades completamente globalizadas y permeadas a la vez por el hiperconsumo que hace más difíciles los contextos dentro de los cuales se desarrollan los procesos enseñanza-aprendizaje, en la medida en que surge, con ello, una serie de distractores e inhibidores del aprendizaje.

Ahora, centrándonos en el otro componente del proceso educativo, como es el aprendizaje, corresponde plantear las siguientes argumentaciones:

Todo aprendizaje implica dos condiciones básicas. Una biológica, que la conforma la parte más importante del cuerpo humano con relación al aprendizaje: el cerebro, el cual ha evolucionado con el transcurso de las actividades que ejecuta el ser humano y que hoy es objeto de estudios serios por los neurólogos (Damasio) y neurofisiólogos (Llinás). La segunda condición es el contexto o medio ambiente, en el cual se generan las acciones y estímulos que potencian el aprendizaje.

Aprender no es un acto fácil porque implica un esfuerzo grande y riguroso acompañado de una gran disciplina y otra serie de factores relevantes en los que un aspecto vital como la motivación es decisivo. En este caso, la motivación tiene dos aristas: intrínseca y extrínseca. La primera es inherente a la estructura psico-biológica del educando y obedece a la vez a una serie de factores del entorno del mismo, verbigracia, la vida familiar, educación del carácter, manejo de las emociones, entre otros. El entorno familiar debe ser el espacio propicio para potenciar en el niño y el adolescente esa motivación intrínseca, la cual tiene relación directa con la educación del carácter y las emociones, aspectos vitales que también se potencian y se solidifican en el hogar, de la misma manera que se hace con la disciplina, el orden, el aseo y la buena vida por parte de los padres.

Se enfatiza en la educación del carácter y las emociones porque tanto la una como las otras son vitales para la motivación personal, ya que para los contextos de estos nuevos tiempos se ha replanteado el concepto de inteligencia, sobre el cual se creía que era una sola y que consistía en la acumulación de datos, para memorizarlos y repetirlos cuando lo pidiera la ocasión o el momento.

Hace ya más de dos décadas que Gardner (2011) desarrolló el concepto de inteligencias múltiples y Goleman (1996) presentó su teoría de la inteligencia emocional. Este último ha manifestado que las emociones también hacen parte de la inteligencia. La concepción tradicional de la inteligencia siempre ha enfatizado en habilidades lingüísticas y matemáticas, haciendo acopio de la memoria, que solo sirve para el éxito académico; sin embargo, esta visión está distanciada de otras realidades, de otros contextos y hoy se requieren sujetos formados y educados en múltiples facetas intelectuales que les permitan afrontar retos difíciles laboral y socialmente, ayudados por una inteligencia integral, en la que el control de sus emociones coadyuve a la solución de grandes problemas y proyectos.

La motivación intrínseca o motivación individual tiene relación directa con las emociones, porque:

Ordenar las emociones al servicio de un objetivo es esencial para prestar atención, para la automotivación y el dominio, y para la creatividad. El autodomio emocional –postergar la gratificación y contener la impulsividad- sirve de base a toda clase de logros. Y ser capaz de internarse en un estado de “fluidez” permite un desempeño destacado en muchos sentidos. Las personas que tienen esta capacidad suelen ser mucho más productivas y eficaces en cualquier tarea que emprendan (Goleman, 1996, p. 64).

Entonces, cuando se genera la propia motivación en niños, niñas y adolescentes, desde el hogar, ya se ha dado un gran paso para la consecución y asimilación del otro tipo: la extrínseca o externa, la cual debe ser generada por los actores del entorno en el cual se desenvuelve el estudiante, en este caso, por parte del docente.

La motivación intrínseca es conducente a la extrínseca. Sin la primera, será complicado generar la segunda, pero la motivación extrínseca debe obedecer a una serie de factores potenciados por el docente, a saber: despertar en el educando el deseo e interés por el aprendizaje a través de estrategias que permitan centrar su atención en ello; ya que:

El mero hecho del efecto facilitador de la motivación en el aprendizaje es mediado por un aumento de la atención. El mero hecho de dirigir la atención de los estudiantes hacia ciertos aspectos de la materia, independientemente de cómo se haga, promueve el aprendizaje (Ausubel et al., 2010, p. 355).

Un segundo factor motivador extrínseco es el estímulo de la participación con fines a potenciar el deseo de aprender; y un tercer factor consiste en dirigir los intereses, esfuerzos y expectativas de los educandos hacia logros de fines apropiados y propósitos de aprendizaje y formación ya definidos concretamente por el docente en cada actividad diseñada. Con estos tres factores, bien comprendidos, el docente estará potenciando en sus educandos la motivación intrínseca, a partir del ejercicio de los siguientes criterios:

- Pensar que es más importante estudiar y aprender que tener éxito, puesto que el éxito se logra con disciplina y estudio.
- Considerar que las habilidades de aprendizaje y la inteligencia se pueden ejercitar y son a la vez modificables a fin de mejorarlas.
- Potenciar en ellos la autonomía-heteronomía y el control de las emociones que inhiben el aprendizaje, dando significatividad al desarrollo de las actividades que lo generan. Estos criterios, es preciso tenerlos bien claros y una vez generados, en el educando, le permitirán comprender que:

Ser capaz de dejar de lado el enfoque sobre uno mismo, y de controlar los impulsos, rinde beneficios sociales: allana el camino hacia la empatía, a escuchar con atención, a ponerse en el lugar del otro. La empatía conduce a interesarse, al altruismo, y a la compasión. Ver las cosas desde la perspectiva del otro rompe los estereotipos preestablecidos, y promueve así la tolerancia y la aceptación de las diferencias. Estas aptitudes son cada vez más requeridas en nuestra sociedad crecientemente pluralista, permitiendo a las personas vivir unidas en respeto mutuo, y creando la posibilidad de un discurso público creativo. Son las artes fundamentales de la democracia (Goleman, 1996, p. 328).

Apoyados en los argumentos de Goleman, puede tranquilamente asegurarse que la inteligencia emocional es esencial para la consecución de otras inteligencias, por ejemplo, las que propone Gardner -inteligencias múltiples- o al menos es complementaria con estas.

La comprensión y ejecución de la inteligencia emocional ayudará –como ya se dijo- a morigerar nuestras pasiones y emociones, a fin de lograr la empatía para el aprendizaje; este debe estar rodeado de momentos y acciones empáticos, es decir, momentos y espacios donde no haya rechazo hacia el aprendizaje, ni hacia el docente. Debe generar empatía entre este último y el estudiante. Argumenta Goleman claramente que:

La empatía, otra capacidad que se basa en la autoconciencia emocional, es la “habilidad” fundamental de las personas. Las personas que tienen empatía están mucho más adaptadas a las sutiles señas sociales que indican lo que otros necesitan o quieren. Esto los hace mejores en profesiones tales como la enseñanza, las ventas y la administración (Goleman, 1996, p. 64).

El verdadero docente-reeducador comprometido con un proceso de enseñanza-aprendizaje significativo, estará en condiciones de potenciar razones en sus educandos con relación a sus comportamientos y aprendizajes, a modo de interiorizarlos voluntariamente en sus actividades académicas, fundamentadas en un propósito determinado, de tal forma que con dichas aptitudes motivadoras, los beneficiados ejerciten una verdadera pasión por el estudio y la vida escolar en general, comprendiendo la importancia para la vida personal y colectiva.

El docente-reeducador comprometido con aprendizajes significativos debe saber que sus prácticas pedagógicas son decisivas para la consecución de los mismos. Ello debe entenderse que es el docente-reeducador el convocado a implementar todas las estrategias pertinentes para que construyan aprendizajes significativos. Entonces, sabrá qué información socializar, cómo debe hacerlo y cuándo; debe trazar unos propósitos de formación conducentes a unas actividades diligentemente planificadas.

Con base en estos tres criterios, el docente-reeducador emitirá unos mensajes, conceptos u orientaciones que serán vitales a la hora de direccionar pertinentemente el aprendizaje individual, colaborativo, cooperativo y/o competitivo. El docente-reeducador debe saber qué, cómo, por qué y cuándo evaluar los aprendizajes en el educando, comunicando a tiempo los alcances y falencias de su proceso. Es el llamado a influenciar a sus estudiantes, de manera consciente, hacia el saber y el aprendizaje y en ello la evaluación juega un papel decisivo, por tanto:

El propósito primordial de la evaluación es vigilar el aprendizaje de los estudiantes; construir una comprobación objetiva tanto de sus progresos como de sus realizaciones últimas de modo que si son insatisfactorios puedan implantarse las convenientes medidas correctivas. Así pues, un programa de evaluación realmente adecuado no solamente valora el grado de aprovechamiento, sino también los métodos o materiales de enseñanza, las motivaciones propias del estudiante, las disposiciones o aptitudes del mismo, debido a que

concibe que el aprendizaje no difiere de otras empresas humanas importantes que la sociedad toma en serio: las consideraciones sobre la eficiencia y el control de calidad presuponen la evaluación sistemática y rigurosa (Ausubel et al., 2010, p. 516).

Aquí algunas precisiones valiosas sobre la relevancia que tiene la evaluación en el proceso enseñanza-aprendizaje. Aún pueden decirse criterios más amplios sobre este tópico necesario en dicho proceso. En síntesis, toda actividad humana requiere ser evaluada a fin de evidenciar logros, alcances, debilidades y falencias. La evaluación en el proceso de la enseñanza tiene múltiples aristas que requieren de un análisis más profundo, el cual no es el objeto de estudio en este momento.

Ante todas estas apreciaciones cabe preguntarse ¿qué tipo de docente-reeducador es el que se requiere para estos tiempos mediáticos y rodeados de generaciones consumistas? y ¿qué tipo de estudiante y de profesional requiere ser formado para estos tiempos y qué perfil debe tener el profesional?

Los tiempos de la posmodernidad están exigiendo docentes y estudiantes dispuestos al cambio de mentalidades hacia el rol de cada uno. En el caso del docente-reeducador, se requiere que replanteen y cuestionen sus prácticas docentes diarias, con miras a retroalimentar una serie de falencias y debilidades de las mismas, las cuales no facilitan un aprendizaje significativo y pertinente con los momentos actuales que les ha correspondido enfrentar, tanto a docente como a educando, pero que corresponden y se conectan más directamente con el segundo –educando–, puesto que el docente llegó de improviso, por no decir tarde, a la era de la tecnología y la informática. En este campo, el docente es un inmigrante digital en tanto que el estudiante es un nativo digital, más pareciera que en sus genes trajera el chip de la nanotecnología.

Entonces, ¿qué debe revisar el docente? En primera instancia debe revisar su formación como profesional de la educación. Diagnosticar qué fortalezas, logros, falencias y debilidades tiene desde su formación. Para los que ya tienen un buen recorrido en la carrera docente, es más complicado este proceso de reformulación que los que empiezan a ser parte del gremio. De esa manera, solo él sabrá qué hace falta mejorar y cambiar de mirada. Inicialmente, es preciso que conozca con lucidez sus quehaceres según la ley ministerial, porque:

A partir de una definición clara de las funciones del profesorado, podrá establecerse un currículum coherente de formación inicial y permanente (tanto profesional como cultural) que contemple armónicamente todos los aspectos que innovar: los programas, las metodologías, la evaluación, el trabajo en grupo, las relaciones, la gestión, la participación, etc. (Imbernón, 1996, p. 22).

Identificando sus labores y estableciendo además un currículum coherente, el docente podrá determinar el tipo de ciudadano que debe formar; debe hacerlo con una pedagogía crítica para que no cometa el error de perpetuar el *statu quo* de la democracia, sin tener derecho a cuestionarlo y a inferir por qué debe continuar o no

perpetuándose. En los tiempos de la democracia se requiere que el Estado se consolide cada vez más, pero sin llegar a los extremos de la corrupción y a la apatía de los ciudadanos por las prácticas políticas o de los malos políticos. En ello, la educación tiene el deber de formar ciudadanos políticamente críticos.

Si bien es cierto que las sociedades hipermodernas han sumergido a los ciudadanos del mundo, específicamente a las generaciones jóvenes, en una burbuja consumista, no todo en la sociedad del hiperconsumo es negativo, ya que tiene aspectos a favor, por eso:

Se equivoca de medio a medio quien afirme que el hipercapitalismo ha conseguido transformar a las personas en puros consumidores pasivos infantilizados. Es no tener ojos para ver las fuerzas enfrentadas, las tensiones entre los valores, las demandas y motivaciones contradictorias que vertebran la sociedad de hiperconsumo. Por un lado, la prensa del corazón, la telerrealidad, los programas ligeros; por el otro, la inquietud de los padres al ver los estragos que causa la televisión y las malas notas de sus hijos. Por un lado, padres que atacan a los docentes; por el otro, deseo de más disciplina y cuestionamiento de una permisividad destructora del equilibrio psicológico del niño. No es cierto en absoluto que la cultura esté totalmente canibalizada por el panhedonismo de las satisfacciones inmediatas supermultiplicadas. Hay frenos para el expansionismo de la sociedad de la fiesta perfecta: habrá que apoyarse en ellos para levantar la cultura del futuro (Lipovetsky y Serroy, 2010, p. 163).

En esta referencia se encuentran suficientes elementos teóricos para estar a favor o en contra de los efectos de la globalización, entre los que cabe mencionar la transnacionalización de la cultura mediante las autopistas electrónicas de la información. Es aquí donde el docente de la contemporaneidad debe estar atento a contar con las tecnologías, en función de implementarlas a su saber específico o de formación, evitando así entrar en un choque generacional con sus discípulos, por culpa del uso de la nanotecnología, que bien puede ser considerada una herramienta o ayuda didáctica para mejores aprendizajes y mejores niveles de información. La tecnología no puede ser estigmatizada por el docente y mucho menos fetichizada por el estudiante; en este caso se advierte que el uso de los teléfonos celulares en el aula de clase puede ser una ayuda más para la enseñanza y el aprendizaje, pero regulada bajo acuerdos y reglamentación institucional.

El profesional de la educación también está convocado a ser un docente comprometido con los tiempos de vanguardia, los mismos que requieren de un experto innovador y comprometido con políticas ecológicas y defensoras e impulsadoras de los derechos humanos y conocedor de los entornos de los estudiantes. Esto ayudará a comprender mejor la necesidad de la implementación de unos programas de formación –ámbitos conceptuales según el área- más acordes con las necesidades cognitivas y procedimentales de los aprendices. Quien pretenda pertenecer al gremio docente, solo como funcionario que devenga un salario, puede estar en el espacio equivocado, ya que:

Como profesional reflexivo de la educación, el profesorado debe conocer el sistema educativo del que forma parte en todas sus dimensiones, estructura, organización, legislación, etc. Solo conociéndolo podrá integrarse en él y desarrollar sus posibilidades. Pero además, su preparación cultural, su análisis crítico, su reflexión personal o conjunta con otros profesores, derivada de la propia práctica, deberían estimularle hacia una transformación del modelo o sistema educativo para adaptarlo a las nuevas necesidades del alumnado y del entorno. No puede existir innovación sin un compromiso con el medio (Imbernón, 1996, p. 25).

Ahora bien, la educación que deben recibir las generaciones actuales, inmersas en la transnacionalización de la cultura, la economía, la política y demás ámbitos de la sociedad, debe volver al rescate de paradigmas anteriores que se han ido deteriorando y menospreciando por educandos, docentes, reeducadores y sociedad en general. Dos paradigmas subestimados hoy son el respeto y el esfuerzo. Basta con leer las noticias que emiten los diferentes medios informativos para dar cuenta de la subvaloración de estos dos grandes valores.

El respeto, que es el principio básico de la dignidad humana, ha sido desconocido y desaprendido por las generaciones actuales, con algunas escasas excepciones, y en menor porcentaje por algunas generaciones adultas. Toda educación busca formar en valores para la construcción de mejores ciudadanos y, por ende, de mejores sociedades.

El respeto es un valor que consolida a la moral y a la ética, por tanto es fundamental para el ejercicio de un derecho humano esencial: el derecho al trabajo, sobre todo al trabajo digno. La labor formativa del docente es primordial para la sociedad y como tal merece un sagrado respeto.

Pero el respeto como valor se adquiere desde el hogar o la familia, en donde se debe inculcar, desde temprana edad, para que pueda ser interiorizado por niños, niñas y adolescentes. Sennett (como se citó en Camps, 2008) plantea que:

La falta de respeto, aun siendo menos agresiva que el insulto directo, puede adoptar una forma igualmente hiriente. Con la falta de respeto no se insulta a otra persona, pero tampoco se le concede reconocimiento, sencillamente, no se la ve como un ser humano integral cuya presencia importa (p. 146).

Al argumento anterior suma la pensadora española: “efectivamente, la falta de respeto es falta de reconocimiento e indiferencia” (Camps, 2008, p. 146); es decir, el respeto del educando hacia el docente –que es un acto de reconocimiento por su labor formadora desde la escucha- se ha ido perdiendo. El ejercicio de la escucha se aprende desde el hogar -como ya se ha dicho sobre otros valores-, de lo contrario el discurso del maestro pasa desapercibido.

La filósofa española Victoria Camps hace ver la importancia de comprender lo que implica el poder de las palabras desde su etimología:

A veces la etimología de las palabras nos descubre un sentido que habíamos olvidado: “Respetar” viene de la palabra latina *respicere*, que significa “volver a escuchar”. “Volver a escuchar a alguien” quiere decir fijarse en él, no mostrar indiferencia, no ignorarle, prestarle atención. Quiere decir mostrarse sensible a lo que representa, por lo menos, como persona. Las muestras de respeto más habituales, aquellas que forman parte de la buena educación o de la cortesía –ceder el asiento, levantarse para saludar, no interrumpir al interlocutor, escuchar a quien se dirige a nosotros, agradecer un favor- son formas convencionales de poner de manifiesto que el otro no nos es indiferente, que lo reconocemos como a un igual o, si cabe, como superior, sencillamente porque es mayor que uno mismo, porque es un profesor, porque es la propia madre o, simplemente, alguien que solicita ayuda y atención (Camps, 2008, pp. 146-147).

Qué mejores argumentos para justificar la recuperación del valor del respeto que los expuestos por esta académica española.

Con respecto al segundo paradigma, subvalorado por educandos y sociedad en general, es el esfuerzo. Hay que decir que ha pasado a considerársele un valor del pasado, casi un antivalor. Las generaciones actuales subestiman el esfuerzo como principio para alcanzar las metas y los sueños proyectados. Entonces se habla de la «cultura del menor esfuerzo» en detrimento de la verdadera cultura de vencer las dificultades. Es una actitud, un valor ético que se adquiere con una disciplina impulsada desde el hogar. Sin él no se logra, ni se construye nada. Sólo se construyen falsas expectativas, falsos sueños, castillos en el aire, de arena, como diría algún cantante; falsas sociedades idealizadas, más no materializadas en obras dignas de imitar.

Los grandes logros y desarrollos de la humanidad han sido posibles gracias al sacrificio y el esfuerzo que muchos hombres y mujeres han realizado durante años de su existencia. Resulta retórico, más no demagógico, asumir las ideas de la filósofa española cuando arguye que:

Ha costado reconocerlo pero hoy creo que no me equivoco si digo que ya todos estamos de acuerdo en que la educación de los últimos años no ha sabido transmitir el valor del esfuerzo. Las razones son variadas y seguramente más complejas de lo que seré capaz de detallar en estas páginas. No obstante, hay una cuestión que, desde mi punto de vista, apunta a la causa de muchos de los despropósitos educativos que empezamos a lamentar. No es ningún descubrimiento constatar que a los niños no les gusta estudiar, que les cuesta mantener la atención, escuchar al maestro y aguantar toda una clase sin moverse ni enredar. Son obviedades que, sin embargo, han llevado a invertir y confundir los términos y han acabado por identificar el estudio con el juego. La propuesta ha sido esta: convirtámoslo todo en un juego y finjamos que estudiar y aprender es tan divertido y entretenido como estar jugando. Por encima de todo, se han buscado estímulos para que el aprendizaje sea atractivo y no sea visto como una tarea dura y aburrida. El resultado

está a la vista: una juventud que no lee, que no adquiere el gusto por el estudio, que sólo busca resultados inmediatos y tangibles y a la que le cuesta pensar en el futuro porque sólo atiende al disfrute del presente (Camps, 2008, pp. 96-97).

En todas las apreciaciones de Victoria Camps se resumen las actitudes que han venido caracterizando a las generaciones estudiantiles de estos tiempos, con las nefastas consecuencias que implica. Es cierto que el aprendizaje debe ser una experiencia agradable y en ello la lúdica es una herramienta valiosa, pero no puede ser confundida con el simple juego.

Se ha llegado en estos tiempos a hacer del estudio una actividad de entretenimiento para niños y jóvenes, en la que el esfuerzo ha pasado a ser reemplazado por las actitudes motivadoras del docente. Lamentable situación para sociedades y naciones que están, como la nuestra, rezagadas en la construcción de conocimiento y en la tecnología frente a naciones avanzadas y cuyo desarrollo está sustentado en los grandes logros del sistema educativo.

Las ideas de la filósofa española motivan a cuestionarse y repensar muchos comportamientos, tanto de la familia como de la escuela y la sociedad en general. En relación con todo lo anterior, resulta más lamentable y diciente lo que argumenta el sociólogo Bauman en su opúsculo: “Los retos de la educación en la modernidad líquida”. Citado por Camps, manifiesta que:

La cultura del presente da mucha importancia a la velocidad y a la eficacia y, en cambio, menosprecia la paciencia y la perseverancia. La cultura de la modernidad líquida ya no fomenta el afán de aprender y acumular (...) Más bien es una cultura del distanciamiento, de la discontinuidad y del olvido (2008, p. 101).

¿Qué podría preguntarse un individuo de los de a pie o del común, al escuchar todas estas apreciaciones relativamente desalentadoras?

La respuesta que pudiera brindarse, de ser posible, sería que las prácticas actuales de los docentes, las concepciones de los padres frente al estudio y la formación de sus hijos, al igual que las actitudes de los educandos hoy, merecen un análisis y estudios serios, apoyados en casi todas las áreas humanísticas, a fin de buscarle unos horizontes más prometedores que redunden en mejores resultados, en las cacareadas pruebas del Estado y las pruebas PISA que, lamentablemente, es lo que más preocupa a los gobiernos de turno.

Finalmente, Nussbaum (2010) argumenta:

Hoy seguimos reafirmando que elegimos la democracia y el autogobierno, y suponemos también que nos gusta la libertad de expresión, la comprensión y el respeto por la diferencia. Nos llenamos la boca hablando de estos valores, pero pensamos muy poco en lo que deberíamos hacer para transmitirlos a la próxima generación y así garantizar que sobrevivan. Distráidos por la búsqueda de la riqueza, nos inclinamos cada

vez más por esperar de nuestras escuelas que formen personas aptas para generar renta en lugar de ciudadanos reflexivos. Bajo la presión de reducir los gastos, recortamos precisamente esas partes de todo emprendimiento educativo que resultan fundamentales para conservar la salud de nuestra sociedad (p. 187).

He aquí los dilemas que corresponderá solucionar. Cambiar la mirada para una mejor perspectiva pedagógica, en la que todos tengamos espacios para gestionar nuestras vidas de acuerdo con nuestras necesidades. Es decir, obviando las imposturas de los Estados y de las instituciones, por ejemplo, las que ven en la tecnología de punta la solución a todos los problemas que se generan en la educación.

Es imposible olvidar la sentencia de San Francisco de Asís para este ensayo sobre aprendizaje: «Recuerda que cuando abandones esta tierra, no podrás llevar contigo nada de lo que has recibido, solamente lo que has dado: un corazón enriquecido por el servicio honesto, el amor, el sacrificio y el valor».

Referencias

Aristóteles. (1971). *Metafísica*. Barcelona: Iberia.

Ausubel, D., Novak, J., y Hanesian, H. (2010). *Psicología educativa. Un punto de vista cognoscitivo*. México. D.F.: Trillas.

Bauman, Z. (2002). *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.

Camps, V. (2008). *Creer en la educación. La asignatura pendiente*. Barcelona: Península.

Gardner, H. (2011). *Inteligencias múltiples: La teoría en la práctica*. Barcelona: Paidós, Ibérica.

Goleman, D. I. (1996). *La inteligencia emocional*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.

Imbernón, F. (1996). *La formación del profesorado: formar para innovar*. Buenos Aires: Magisterio del Río de la Plata.

Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Anagrama. Barcelona.

Lipovetsky, G. y Serroy, J. (2010). *La cultura-mundo. Respuesta a una sociedad desorientada*. Barcelona: Anagrama.

Nussbaum, M. C. (2010). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires: Katz Editores.